

El transporte público supone una alternativa sostenible para las grandes necesidades de movilidad. Permite el desplazamiento de un número elevado de personas usando una cantidad mínima de combustible y espacio.

Debemos tener claro que pese a las intensas campañas de promoción de determinadas marcas de automóviles, que nos dicen que estamos cooperando al medio ambiente al comprar un coche con bajas emisiones de gases contaminantes, la opción realmente sostenible y de cooperación a la sociedad es usar el automóvil privado lo menos posible, y desde luego, decantarse por otras opciones cuando se trate de desplazamientos urbanos.

Por mucho que evolucionen los motores de automóvil, los autobuses emiten una cantidad mucho menor de contaminación por viajero transportado. Es obvio que un pasajero más en el transporte público implica un aumento nulo de la contaminación, en cambio, un automóvil más, si la genera.

Como también está claro, el automóvil, por muy *ecológico* que sea, sigue incurriendo en los inconvenientes que presenta un coche ¿no ecológico?: ocupa espacio, tanto de vías de comunicación, como de aparcamiento; genera ruido, tiene una alta tasa de siniestralidad y genera estrés.

Por tanto, debemos favorecer el transporte público, haciéndolo más eficiente, rápido y útil. Una opción interesante, a la vez que básica, es el carril-bus, a poder ser segregado físicamente del tráfico privado. En un caso extremo, se puede optar por construirlo en sentido contrario a la marcha del resto de tráfico (lo que impide su invasión). La imagen de un autobús avanzando por su carril mientras hay atasco en el de tráfico privado genera un impacto que favorece que más personas dejen su automóvil y pasen a utilizar el transporte público.

Hay que señalar que el transporte público es deficitario, y esto es algo completamente justo, dado que de él se benefician tanto los usuarios como la población en general (menor contaminación y congestión). Un sistema de transporte público que se sufraga totalmente con las tarifas percibidas de sus usuarios es ineficiente e injusto.

El viaje debe ser ágil, algo que se puede conseguir también mediante la prioridad semafórica favorable al transporte público. Las líneas deben ser suficientes

para dar cobertura a la población, pero evitando duplicidades, que implican mayor necesidad de información.

Al viajero se le debe ofrecer comodidad, tanto en la parada como en el autobús. Debe tener a su alcance la información necesaria para moverse por la ciudad en transporte público. Las nuevas tecnologías, junto con el rigor en ofrecer información, son herramientas básicas para tener un servicio de calidad.

Los entes gestores deben, por tanto, ser capaces de ofrecer un servicio de transporte público que pueda verse por la población como alternativa real al automóvil. Debe buscarse la calidad, pero también debe dejarse claro que la opción sostenible no es comprar un coche que contamine poco, sino dejarlo en casa.